

ron á huir, y habiendo hecho casas, pareciéndoles á ellos eran ardides, se ponían en partes donde los viesen los nuestros á hacer que comían y que bebían y que derramaban el agua que les sobraba, que eran orines, y aun de esos debían de carecer, por cuya causa se determinaron á salir, habiendo atalayado bien desde sus azoteas si parecían las guardas y velas que había, y habiéndolo tanteado muy bien, haciéndose un escuadrón y cogiendo en medio todas las mujeres y muchachos y ropa, que no dejaron cosa en el pueblo, á la media noche, ayudados de su obscuridad, con el esfuerzo y buen gobierno de aquel Juan Lomán, que siempre se entendió era el que los aconsejaba, salieron caminando por una parte donde habían visto había menos guarda y estaba más cercano el río, pareciéndoles que como eran buenos nadadores, se ampararían en él y desmentirían el rastro; por la parte donde salieron velaban los soldados poco apercebidos, y no se sabe qué se hicieron, más de que el uno fué hallado muerto, tendido en tierra, atravesado el corazón con una flecha, como si con la mano se la hubiesen estado clavando, al cual mataron con otros flechazos, y aunque acudieron los del real al arma que se dió, que, como dicho es, tenían lo más del pueblo cercado, cuando se acudió, habían ya los indios pasado el río, y en buscar el vado se detuvieron parte del tiempo, con que los huidos se alejaron tanto que, aunque los siguieron, no los pudieron alcanzar, y ellos se salieron con su valeroso hecho. Sólo parecieron algunos que no pudieron tener con los demás, y cuando volvieron, habiendo traído al soldado que habían muerto los indios y dejado tendido junto donde estaba la lumbre común para todos, apeándose un soldado fué pisando la cara y boca de aquel miserable con los piés, y se reparó en ello por haber sido este hombre gran renegador y blasfemo, y luego le enterraron en el pueblo, en el cual no se halló despojo alguno que fuese de provecho.

Y estando un soldado de á pié, sentado en la pared, en una parte del pueblo, teniendo un arcabuz, otros que andaban escudriñando los rincones, dieron en un escondrijo donde se habían escondido cinco ó seis indios, que dieron á huir por la

parte donde estaba aquel soldado, el cual, entendiendo era otra cosa, se apartó, dejando el arcabuz arrimado, y asió á un indio de los que venían huyendo y se volvió contra los que le seguían, y entendiendo el arcabuz disparaba de suyo, lo puso por delante y él y todos los demás murieron en pago del daño que habían hecho; y también se hallaron algunas indias que repartieron, y como no las aprisionaron, todas se huyeron.

### CAPITULO CXXVIII.

En que se trata de cómo le vino nueva al general, de que el pueblo que en el camino estaba, donde se había fundado la villa de S. Jerónimo, en el valle de Corazones, se había alzado y muerto al capitán Alcaraz y á otros soldados.

Año de 1541. Habiéndose huido los indios, trató el capitán de ir á ver aquella tierra de adonde había dado noticia el indio Turco, y estando en esto, le llegó nueva de que el pueblo que estaba en el camino, en el valle de Corazones, donde se había fundado la villa de San Jerónimo, se había alzado y muerto al capitán Alcaraz, teniente de Melchor Díaz, y á otros soldados, y envió al reparo á D. Pedro de Tobar, y juntamente con ellos habían ido los indios de Sonora y de toda aquella comarca, dando una noche sobre la villa, y que de los soldados que habían quedado se habían comenzado á ir cada uno por su parte, y encargó á D. Pedro de Tobar, fuese con los de su compañía á poner orden en ello y á recoger las reliquias que habían quedado, y para que avisase á México dando razón de todo lo que hasta allí se había hecho y de lo que se pretendía hacer en lo de adelante; y habiéndose ido D. Pedro de Tobar, se apercebíó todo el campo para caminar y ir á la jornada y noticias que el indio Turco había mandado, ordenando que cada uno se apercebiese



de comida para treinta días que decía habría de camino, hasta llegar á la provincia de Copala, aunque el indio decía que en la de Iza ó Axa, que estaría seis ó siete jornadas antes, habría abasto de comida, y el general fué á visitar un pueblo de los dichos, que estaba á una jornada del río hacia el Poniente, y le acarició y dejó de paz, encargándoles llamasen á los otros y les dijese que estuviesen de paz y estuviesen seguros no les haría maltratamiento, y que de lo pasado se les perdonaba á aquellos que habían dado la causa; y hecho esto, luego tomó su camino llevando por guía al indio Turco, y á las tres buenas jornadas, que como era tierra llana, se caminaba mucho, llegó á unos pueblos que todos eran de la misma manera que los pasados, y caminando uno que estaba apartado del río, entre el Oriente y Norte, le halló despoblado, y le pusieron por nombre los nuestros el pueblo de los Silos, por los muchos que tenía en que guardaban su maíz; y de este se pasó á otro, que dijeron se llamaba Ximena, los cuales estuvieron bien fortalecidos y atrancadas sus puertas, mostrándose animosos para su defensa; y á otras dos jornadas, llegaron á otro pueblo grande, y era el mayor que se había visto en este viaje, del cual se tenía noticia por haber enviado de él á un principalejo, á saber qué gente era la que venía y lo que buscaba, á el cual detuvieron nuestros españoles todo el tiempo que se tardó en lo que queda referido, y aunque se le hacía buen tratamiento, él recibía mucho disgusto en que le detuviesen.

Llegados al pueblo, que se llamaba Cocuique, se dió licencia al principalejo para que fuese á su pueblo y dijese á los principales de él, saliesen á verse y á hablar con el general, y ido, ni él ni ninguno quiso salir, antes dijeron que entrase él á hablar con ellos, que allá le hablarían, y él se determinó á entrar y entró muy de fiesta, y con él otros capitanes y personas, aunque no se tuvo por muy acertado. Apeáronse en el patio del pueblo sin que ningún indio quisiese bajar á les hablar, ni el que habían traído consigo, no quedando de paz ni de guerra, sino antes con el menosprecio de no hablar, y el pueblo de Ximena con el descomedimiento de oponerse á lo que contra

ellos se intentase; y también fué grande impedimento para el buen acierto de esta jornada, la falta de intérprete.

Detuviéronse allí dos días, y luego partió todo el campo para la principal jornada.

### CAPITULO CXXIX.

En que se trata de cómo llegó el ejército al llano de las Vacas y lo que le sucedió y vió en ellos.

<sup>Año de</sup>  
<sup>541.</sup> Habiendo salido del pueblo de Cocuique, caminaron cuatro jornadas por tierra llana, y se hallaron algunos arroyos donde para bastimento de agua convenía hacer odres, y se hallaban muchas zarzasmoras, y á la quinta jornada se vió una manada de vacas bravas campesinas, que Dios las creó allí, y por suyos tienen todos aquellos llanos, y están aquerenciadas en ellos, que no se desparraman á otras partes, y parece se deben mudar á sus tiempos, porque hay caminos muy anchos y grandes por todos los llanos, y si se mudan, no debe de ser por falta de pasto, porque cuando por allí pasó el ejército, estaba muy verde y abastado de una yerba menuda propia para ganado menor, y aunque hubiera mucho, no se acabaría; parece deben de venir á agostar allí, y después se mudan las aguas, porque no las hay ni corren ríos ni arroyos, sino unas lagunas muy medianas, aunque hay muchas de trecho á trecho, ni se supo si eran manantiales ó agua llovediza, y el agua de algunas era buena, y la de otras salobre.

Cosa muy digna de admiración es haber criado Dios allí aquel ganado, dándole todos aquellos llanos, proveyéndolo de bastimento, como á todas las cosas demás criadas les da lo necesario conforme á sus naturalezas distintas, gozando de todos aque-



los llanos y teniéndolos por suyos, y que en tantos años y tiempos que debe de haber los crió Dios, no se los hayan ocupado ni ellos los dejen, ni se derramen á otras partes. Son estas vacas pequeñas, aunque no mucho, casi del tamaño de las nuestras, aunque más cenceñas, pero de muy buena carne y el mismo sabor; tienen por pelo una lana menuda y más fina que la merina, parece por encima un poco morena y entre sí un pardillo agraciado, que sin duda se podría hacer de ella paño subido y de estima; á la parte de atrás está la lana menuda y de allí para la cabeza, crían unos bedejones grandes, no tan finos ni de la manera que pintan los leones; en la cabeza tienen cuernos pequeños, y en todo lo demás son de la hechura de las nuestras, y paréceme que por ser tan menuda la lana, no se podría sacar mucha de una vaca, si hubiese industria para aprovecharse de ella; los toros son grandes, y algunos tanto, como los nuestros, y á lo que pareció y se conjeturó, que no se vió sino poca parte de la tierra, debe de haber campos para poblarse gran cantidad de estancias, si no es que, por falta de agua de las lagunas, si no son manantiales, no se pudiesen poblar, aunque en todo lo que se anduvo, no se vió ninguna laguna seca, y así se puede presumir que son manantiales. También es de advertir que todo el tiempo que el ejército anduvo en los llanos, nunca se vió becerrilla chica que mamase, porque entre las vacas hay algunos lobos, y estos las comen, y al aumentarse tanta cantidad de ellas, es porque al tiempo de parir, se mudan y crían á donde van, y después se vuelven con las ternerrillas grandes á su tiempo, á donde las vieron, y esta es la causa de haber muchos caminos.

En estos llanos de las Vacas, hay unos indios que no tienen pueblos, ni estancias, ni siembran, sino que se sustentan de las vacas que matan, adobando los cueros para cubrirse con ellos, y los venden á los comarcanos por rescate, y en algunas partes hay muchos bien adobados, y con pinturas, pero se entendió que no eran nuestros indios los que los aderezaban, sino los que los rescataban de ellos. No vieron los nuestros más de una cuadrilla de indios de hasta cincuenta gandules con sus muje-

res, los cuales dijeron había otras cuadrillas mayores, y nuestros españoles fueron corriendo tras las primeras vacas que vieron, porque así que los sintieron, echaron á huir y alancearon algunas, aunque los más de los caballos rehusaban en gran manera el llegar á ellas. Determinaron, así por esto, como porque después de cansadas arremetían volviendo y haciendo rostro, é inventaron unos dalles arrojados con que las mataban, y yendo caminando cada día, encontraban muchas por aquellos campos, donde había unas neblinas que no se vía sierra, árbol ni otra cosa, sino llanos cubiertos de las boñigas de las vacas; y esto era lo que servía de leña al ejército, y se comenzó á abrir camino con amontonar á trechos gran golpe de ellas, y vez hubo que, viendo algún montón, les pareció á algunos que era montaña, y dijeron: "¡Gracias á Dios que ya vemos árboles!" y andando y llegando cerca, desaparecía, porque era golpe de ganado, que como los sentía venir, huía.

Habiendo, pues, andado de esta manera cuatro ó cinco días, vieron en aquellos caminos de las vacas, muchos rastros como de varas delgadas que iban arrastrando, y no cayendo en lo que pudiese ser, se dieron prisa siguiendo aquellos rastros, y alcanzaron aquella cuadrilla de los cincuenta gandules que dije vieron los nuestros, los cuales iban con sus mujeres y llevaban unos perrillos cargados, no grandes sino medianos, y un soldado fué tras uno de ellos, y le quitó la carga, y vió que llevaba siete varas, que son las que sirven de armar su choza ó tienda, y un cuero sin pelo para poner encima de ellos, y otro con pelo, con que se debían de cubrir, y otro pedazo de cuero en que traían envuelto un buen pedazo de carne, que pesaría bien arroba y media ó más, y todo el cuero era adobado, y unas medias calzas de cueros de venado, y dos buches de vacas, que les servían como de cántaro para acarrear agua, y las varas llevaban, porque como en todos aquellos llanos no se halla ni cría árbol ni sombra ninguna, hacen su toldo sobre ellos, que les sirve de sombra, en que se ranchean y mudan de un lugar á otro cuando les parece. Iba todo tan bien atado, con correas de cuero pelado y bien adobado, que era de ver. bni 201 sb oib



Son estos indios de buena estatura y andan gordos y lucios con sus mujeres, y no se sabe qué ejercicio tengan, ó si son haraganes y por no trabajar se vienen allí de los pueblos. A ninguna de las mujeres se vió criar, ni muchacho alguno entre ellos; andan vestidos de la cintura abajo con unos á manera de faldellines de cuero de venado adobado hasta los piés, y unos como capotes vizcainos y mangas por encima, y medias calzas de venado y sandalias de cuero crudo. Ellos andan en carnes, y cuando el frío más les aflige, traen un cuero adobado por capa, y todos trasquilados á navaja desde la mitad de la cabeza hasta la frente, y lo demás como sobre peine; y las mujeres andan también trasquiladas; ellos llevan consigo muy buenos arcos y flechas, y el principal y mejor adobo para curtir los cueros, dicen son los sesos de las vacas.

### CAPITULO CXXX.

En que se trata de la manera que se sustentan y cómo comen estos indios de las Vacas.

Año de  
1541.

El sustento y comida de estos indios, es la carne cruda de las vacas, y en ello se han como los perros, porque así beben la sangre caliente de todo género, como si fuese el mejor vino, sin tener asco ni temor de que los mate, como se dice de aquel griego, que porque Xerxes le mandó ir contra su patria, se mató bebiendo sangre de un toro, por no ir contra ella.

Estando, pues, el real y campo asentado á donde estos indios se habían rancheado, junto á un arroyuelo que se hacía de unos manantiales que de allí manaban, salieron dos soldados á matar una vaca si la vían para su comida, y pasando junto al rancho de los indios, les dijeron por señas, si querían ir á matar

alguna res, y ellos salieron luego á ello tomando sus arcos y flechas, y no lejos del real toparon una manadilla pequeña de ganado, de la cual se apartó un torillo nuevezuelo, y tras él fueron los soldados á caballo y también los indios, y uno de ellos, corriendo, se fué emparejando al codillo del toro, y le dió un flechazo que le hizo echar mucha sangre por la boca, y luego todos arremetieron á la cola, y dieron tantas vueltas con él, que lo derribaron, y como el más diestro vaquero, le volvieron los cuernos abajo, y lo primero que hicieron fué sacarle la gordura de los párpados de los ojos, y comérsela así caliente, y luego con unos pedernales, como si fueran cien hachas, lo fueron cortando por sus coyunturas, y lo desollaron, habiéndole abierto por el lomo y sacádole el redaño y gordura de los riñones, que luego se lo comieron, y después las criadillas, y sacándole las tripas, la sangre que había quedado en el cuerpo la bebieron, cogiéndola con dos manos, como quien bebe agua de arroyo. Llevaban un tizón de boñiga ardiendo, y luego juntaron otras boñigas y hicieron lumbré, y luego cogieron las tripas, y fueron vaciando la basura y humor que tenían, esprimiéndolas con las manos, y aquellas, revueltas á la lumbré, se las comieron. Luego un indio dió una cuchillada pequeña en el buche del torillo, y puso yerbezuelas porque no saliese sino el agua, y la bebió como si fuese del más claro río, y tomando un pedazo de carne, metían en la boca lo que cabía, y partiendo con un pedernal lo que quedaba, medio mascado lo tragaban.

Los soldados tomaron lo que quisieron de la carne, y se volvieron al real, y los indios hicieron un buen montoncillo de cueros adobados, y los dieron á los soldados, y habiendo tomado cada uno lo que quiso, habiéndoles dado algunas cosas de rescate, quedaron muy contentos.



## CAPITULO CXXXI.

En que se trata de cómo el indio Turco que llevaban por guía, desmintió el camino cogiendo otro rumbo diferente del que se llevaba, y de otras cosas.

Año de 1541. Otro día partió de allí el campo, guiando el Turco como solía, y se vió conocidamente haber mudado el rumbo del camino que se llevaba, porque caminando de hacia donde sale el sol y Norte, vieron que caminaba para do sale el sol, y aunque se le echó de ver el mismo día que salieron del alojamiento de los indios, que les torcía y les mentía el camino, no se le dijo cosa alguna, sino que iban por donde aquel perro los llevaba, y se imaginó que los indios acaso le dijeron que si llevaba aquella gente para que matasen y destruyesen los de su tierra, que los llevase á donde se perdiesen y muriesen todos. De allí tres ó cuatro días que hubieron caminado, pararon para tratar y conferir sobre si iban bien ó no por aquel camino, y un pobre mozo salió á matar alguna carne con otros, y se apartó en seguimiento de una res, y los otros aguardando, y viendo no venía, se volvieron al real, entendiendo que por otra parte habría ido; mas el pobre, como se vió sólo, debió de parar como barco por la mar, sin gobierno, dándose mucha priesa á andar, y cuanto más anduviese más se debía apartar del real, y habiendo visto lo que pasaba, lo que hicieron los soldados fué atar unos manojos de yerba seca encendida, para que los viese, y á caballo y con sus armas tocar trompetas andando á vista del real; pero él nunca más pareció.

A la mañana comenzó el campo á caminar, dejando aquel pobre perdido, que si por ventura se esperaran aquel día y le salieran algunos á buscar, le hallaran; mas el general no quiso, diciendo que más se aventuraba en acabarse el bastimento y

perecer todos en aquellos llanos, con que caminaron, y parece que desde aquel día no se acertó en cosa que se hiciese, porque de allí á otras dos jornadas de á donde esto sucedió, habiendo llegado á un arroyo que estaba en unas barrancas altas, no se había hallado otro en todo el camino. Como á las tres de la tarde, estando el cielo sereno y el sol muy claro y el tiempo sin mudanza, vino de repente un turbión de granizo en mucha cantidad, y las piedras eran tan grandes como huevos de ánzar, y las menores, mayores que nueces, y como huevos de gallinas. Andaban paciendo los caballos, y con las muchas piedras que les daban, dispararon sin quedar ninguno; pero quiso Dios que todos fueran á parar á aquellas grandes barrancas, por donde no pudieron pasar, que si acertasen á ir por los llanos, no fuera posible, si no que desbarataran, de suerte que todos ó muchos de ellos se perdieran y no se pudieran hallar; y algunas tiendas que estaban armadas, las rompió y desbarató, y quebró todo lo que no estaba cubierto, como ollas, comales y otras alhajas. Los soldados se armaron de celadas y rodelas para adargarse de las muchas piedras que caían, y los indios dijeron que muchas veces sucedía caer este granizo en aquellos llanos y matar una res; este turbión sucedió día de la Ascensión del Señor del año de mil y quinientos cuarenta y uno.

## CAPITULO CXXXII.

En que se trata cómo el general, como solía, se determinó con los de su acompañamiento, ir á ver lo que el Turco decía, que ya se tenía por falso, y el ejército se tornó á Tiguex.

Año de 1541. Presumiendo ya en este tiempo, que el Turco mentía y llevaba gran malicia, y que iban perdidos por haber desmentido